

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 24 de Junio de 1922.

Número 25.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

[SE PUBLICA LOS SABADOS]

[REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN]

ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Se ha marchado á Las Jurdas una expedición que lleva atavío y espíritu de viaje de aventuras. Tiendas de campaña, cspotes de monté y corazones heroicos. Es bien triste, pero en medio del estruendo científico, oigo como una voz que dice quedo: «¡Lo que nos vamos á divertir en el país de los enanos!»

Sin embargo, como en la expedición van personas juiciosas y responsables, en el equipaje, junto al *thermos*, se ha puesto una bella ilusión que evite alguna inquietud que pudiera presentarse, porque nadie está libre de una mala hora. Llevan los excursionistas el consuelo de que los males de Las Jurdas no pueden impedirse: es la tierra, la altura, la raza. Aquello no tiene remedio. Habíamos de derramar los millones sobre aquella región, y no acabaríamos con la desventura de sus pobres habitantes.

Con esta fórmula se va hasta donde haga falta y se ve lo que haya de ver con la conciencia tranquila.

Claro que dan ganas de preguntar á la expedición, que representa al Estado, y muy dignamente por cierto:

El hecho de que los habitantes de una región sean, por regla general, más bajos y más desgraciados que los de las demás ¿autoriza al Estado para robarles lo que pagan para carreteras, para ferrocarriles, para beneficencia, para instrucción? Cuando un mozo da la talla ¿no va á Marruecos y no muere allí con él la esperanza de un mejoramiento de la raza?

A mucho tirar, no podrá hacerse al

Estado responsable directamente de la frecuencia del cretinismo y del enanismo en Las Jurdas; pero ¿y de que no haya caminos, y de que el paludismo acabe á los pobladores, y de que no haya una escuela ni una farmacia?

Los jurdanos no tienen remedio; pero el ministro de la Gobernación bien ha sabido llenarse los bolsillos de quinina antes de marchar, por que á Las Jurdas nadie se ocupó nunca de mandar quinina. ¿A que vamos á representar ahora la comedia de los gobiernos celosos y paternales? ¿Qué se ha hecho en siglos por aquellos desventurados? Ya hemos leído que sólo ofrecen garantías de marchar con paso seguro por aquellas tierras los caballos de la Guardia civil.

¡Seguramente algún escritor amigo de los símbolos habrá subrayado en estos días el hecho de que visite Las Jurdas el Rey, al mismo tiempo que se acuerda la terminación de las operaciones militares en Marruecos. Ir á Las Jurdas y volver de Marruecos, es todo un programa.

Lo malo es cómo vamos á Las Jurdas y cómo volvemos de Marruecos. A Las Jurdas, en viaje de aventuras; de Marruecos, en viaje de desventuras.

Dígame lo que se quiera, no es de criterio sino de gusto, de lo que cambiamos respecto á la cuestión marroquí. Abd-el-Krim ha tenido mejor administración ó más dinero, y ello le permite conservar íntegro ese sentimiento tan caro que se llama «honra nacional». Los cabileños nos son tan hostiles ahora (buena prueba acaban de darnos) como cuando enviábamos llenos de entusiasmo bélico las mismas fuerzas que ahora acechamos la ocasión de repatriar.

Todos tenemos un poco de miedo á decir lo que ha pasado, aunque por lo bajo, ya vamos diciéndonos unos á otros. En público todavía se recurre al rodeo de que se termina la guerra porque no puede seguir la Hacienda nacional. Pero la ver ad es que todas las guerras terminan cuando no pueden seguir las Haciendas nacionales. Búsquese una contestación á esta pregunta: «¿Qué son las huestes de Abd-el-Krim respecto del ejército español?»

¡Espíritu civil! ¿De dónde nos hemos sacado de pronto esa ganga? ¡Protektorado! A la fuerza se protege.

¿Que el resultado será ventajoso

para España? Bien pudiera ser; pero que el palo aguante la vela. No venga luego algún personaje, algún partido, ó algún reitador á pretender la gloria de haber encauzado por mejores caminos la política marroquí. Lo actual, malo ó bueno, es consecuencia del fracaso, no de la previsión; es inevitable, no deliberadamente escogido.

Aquí del resignado fatalismo que llevan los expedicionarios de Las Jurdas. A lo mejor, así como en Las Jurdas es inútil hacer carreteras, en Marruecos es inútil hacer conquistas.

La Lliga ha acordado que «ante la situación porque atraviesa España, es necesario salvar á Cataluña» y ha anunciado para el día 8 de Julio una asamblea de parlamentarios catalanes.

Así guran que la cosa es grave; más grave que la de 1917. De modo que no es fácil que se arregle con menos de tres carterres.

Ya sólo confían en la Virgen

Han rodado estos días por los periódicos varias cartas de los prisioneros que están en poder de Abd-el-Krim. En unas laten, sin rebozo ni eufemismo alguno, la ira, la indignación, los apóstrofes contra la patria ingrata, que así tiene olvidados á sus mártires. El caudillo moro susurra todos los días en los oídos de los cautivos:

—España no se acuerda de vosotros; esperáis en vano la libertad. Yo siempre estoy dispuesto á daros salida; pero vuestro Gobierno no quiere, ni se preocupa de esto.

Después viene la dolorosa descripción de sus penas; su encierro en lóbregas habitaciones que no tienen más hueco de ventilación que la puerta, casi todo el día cerrada. Prensados, con una atmósfera irrespirable, allí han de satisfacer sus necesidades en latas y botellas. Las camas están sin sábanas, ni abrigos; sus cuerpos llenos de parásitos; la ropa que llevan encima es un montón de andrajos que ya no rinden tributo á la honestidad. Y así están cerca de un año, sin noticias directas de España, ni de que se haga gestión alguna para libertarlos. Alguno ha escrito:

«Cuando salgamos de aquí ya no seremos hombres, sino unos guiñapos inservibles que para nada se podrán utilizar.»

En otros cautivos la esperanza hu-

mana se ha desvanecido por completo y ha cedido la plaza á la exaltación religiosa y al misticismo; ya no hablan del Gobierno, ni de España; sólo hablan de Dios y de la Virgen, en la cual han cifrado todos sus anhelos y ansias de salvación. Hemos leído cartas conmovedoras sobre esta materia; rezan todo el día sin descanso y esperan con fe ciega que se obrará un milagro en favor suyo, que la Virgen del Perpetuo Socorro, ó de la Merced, abrirá aquellas mazmorras con una legión de ángeles y los pondrá fuera del alcance de sus carceleros.

Frío en el alma se siente al recorrer el proceso psicológico que se habrá desarrollado en el espíritu de estos militares: valientes, despreocupados, excépticos, para caer en los delirios de una novicia ó de una beata vulgar, para levantar todos los días los brazos al cielo pidiéndole un prodigio ó una intervención directa de la Virgen en su rescate.

Nuestros prisioneros de Africa, los más, ya sólo confían en la Virgen; los otros se desesperan, vomitan apóstrofes, en sus labios flota de continuo la palabra *ingrata* lanzada al rostro de España...

Entretanto, Abd-el-Krim repite sin cesar que él no tiene la culpa de que se prolonge este vergonzoso estado.

La Virgen de las Mercedes y del Perpetuo Socorro son la sola esperanza de los cautivos. Esperemos á ver si hacen lo que Sánchez Guerra no sabe ó no quiere hacer.

FRAY GERUNDIO

Actualidad... Nacional

Además del asunto de Marruecos, que constituye una constante y dolorosa actualidad de todos los momentos, en el presente hay una actualidad que atrae la atención del público; nos referimos á Las Jurdas, ese rodal de la provincia de Cáceres, que visita el jefe del Estado.

La Prensa habla de ese padrón de ignorancia, sin darse cuenta de que como esa región *jurdana* hay muchas en España, porque existen Las Jurdas montañosas y Las Jurdas llanas; en unas y otras los caminos los han hecho las mulas con las herraduras, que son los únicos ingenieros que no digieren la grava.

Como en Las Jurdas, en muchas regiones la miseria física y moral es el producto de la incultura, de la ignorancia; pero además, los vicios han suplantado las virtudes de la raza.

Para el que haya recorrido algunas provincias de Castilla y sea un poco observador, no pueden impresionarle los relatos que se hacen de los habitantes de Las Jurdas y del hogar *jurdano*.

Hasta hace poco tiempo, una gran parte de la población de Calatayud vivió, y aun hoy vive, en silos; y á las puertas de la Corte de España, en Villacañas, también una gran parte de su población habita en silos.

¿Qué otra cosa sucede en Las Jurdas? ¿Que no hay escuelas? Esto no es una nove-

dad para muchos pueblos donde la escuela está cerrada, ó porque no hay maestro, ó porque éste no está cumpliendo con su deber, que es el caso más frecuente.

Otro argumento de fuerza es que mueren muchos niños. Pues bien, en este caso concreto toda España es *jurdana*. Según el vicepresidente del Consejo Superior de Protección á la Infancia, doctor Palido, en España mueren cada año ¡ochocientos mil niños! ¡Ochocientos mil criaturas! Ese ejército de niños que se pierden no impresionan á nadie, porque la incultura ha endurecido hasta el corazón de las madres á fuerza de oír pronunciar eso de *angelitos al cielo*. ¡Qué blasfemia humana!

De todo lo que nos cuenta la Prensa, lo único que puede escandalizarnos es que en una región tan limitada como son Las Jurdas, y á tanta poca poblada haya por término medio unos 300 niños constantemente, procedentes de las incultas de Plasencia y Ciudad Rodrigo.

Las autoridades de todas clases de esas ciudades deben saber, por la vecindad con los *jurdanos*, que esos niños van al matadero, á una muerte segura. Eso sí, que resiste la prueba de este moderno *Taigeto*, no sale de Las Jurdas, allí queda para regenerar la raza, que á eso precisamente dicen que se debe que la degeneración no esté más acentuada. Tal vez tengamos razón los que tal dicen, pues los *inculteros* por línea materna descienden de gente moza, sirvientes, mozas gritadas y caseras de cura; por línea paterna quién sabe, el señorito ó el autor de sus días, etc., etc.

Por error se ha enfocado mal el problema, que se dice que es de sanidad. No; el problema es, en primer lugar, económico; resuelto éste, queda resuelto el problema de educación, el sanitario y todos los demás.

De modo que si el terreno no consiente la liberación de los habitantes, encárguese el Consejo de Colonización interior (creo que hay un organismo encargado de eso), de buscar una gran deuda y funden cuantos pueblos sean precisos para colonizar esos grandes *latifundios*, y que los *jurdanos* vivan la vida material y moral á que tienen derecho.

Pero, además, el Real Consejo de Sanidad y el Superior de Protección á la Infancia (¡qué sarcasmo!), no descuiden las facultades y los *Hapiños*, vigilen la explotación de las *casas cunias*.

¡Ah! Y que los señores consejeros se den un paseito por las chozas de Vallehermoso y por las de las Injurias, de esta Corte de los milagros.

ANGEL DE LA PAZ

El movimiento religioso de mayor importancia en nuestra época, es el que tiende á librarnos de todas las religiones.

Pasividad deplorable

Obedece el epígrafe de mi artículo á comentar hechos, no por pasados, menos dolorosos ni repugnantes.

Más claro: voy á evocar algo que horrible, que retrotrae á épocas de dolor y de barbarie inconcebibles.

Me refiero al castaño. A esa maldad inventada de corazones malévolos, existente aun para escarnio del buen sentido, para ludibrio de la humanidad.

A esa mancha que afea el blanco lien-

zo de los progresos, á ese borrón que en negrece el límpido tapiz de los sentimientos generosos.

Hice poco más de un mes que volvió á levantar esa máquina innoble de aplastar cuellos entre estertores angustioso. Y la Sociedad permaneció impasible, caminando rutinariamente entre sus faldas, preceptualas por voluntades caprichosas; las diversiones públicas no suspendieron sus actos; se rió, se cantó, se bailó, se habló mucho de reformas constitucionales y se apazó el asunto hasta que un nuevo suceso viniera á desbaratar al comentario.

Después normalidad absoluta, como si nada la hubiera perturbado, como si la glacial indiferencia peculiar en todos no hubiera tenido motivo de alteración, como si la vida se deslizara mecida por el suave vaivén de un placido entretenimiento.

Los estremecimientos que conmueven las almas, ¿para cuándo son? El despertar de los espíritus ¿qué lo determina? ¿Cuándo se sientan los hervores de la sangre? ¿O ha muerto ya todo sentimentalismo, toda idea de bondad, de fraternidad y de decoro?

Verdaderamente no se concibe el estado de apatía en que se vive. Los sucesos desarrollados últimamente en esta nación desventurada han sido tanto expresivos para darnos una idea del embotamiento de los corazones, de la insensibilidad de los nervios y del aplastamiento de la voluntad.

¿Las vidas sacrificadas ofrecieron ejemplaridad á los sobrevivientes? ¡No! Porque si el motivo *casual* fué debido á un arbitrio, éste se volverá á repetir siempre que los hechos lo determinen; y si obedeció á maldad ingénita de los victimarios, inútil será esperar la corrección.

Además, es nutrir el crimen estatuyendo criminales *irresponsables*, sin pensar que sean criminales los jueces que condenan á *delincuentes* si queréis, pero que al fin y al cabo los condenan á morir. Porque el hecho es que ellos á su vez debieran ser juzgados y condenados. ¿Que los absolva ante la Justicia Suprema el caso de que los castigados hayan delinquido? ¿Y si entre ellos hubiese un inocente?

¡La pena de muerte! ¡El cadalso! ¡Cuántos siglos ha de avanzar la Humanidad para que impere la razón entre los hombres!

En lugar de ensangrentar patibulos, cultívenlos los buenos instintos, y háganse generaciones buenas.

No se santifique la licitud de la venganza, ni aun disfrazándola con el traje de la rectitud, que en tal caso, constituiría los eslabones de una cadena interminable. Enseñese á amar el bien, practicándole pródigamente. Lo que en abundancia se siembra, se reproduce también con abundancia.

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

OBSERVACIONES DE UN ANDARIEGO

Fiebres sustentadoras

Hará muy pronto siete años que yo fijé mi residencia en esta ciudad de Panamá, capital de la república del mismo nombre. La primer mujer con la cual trabé aquí amistad, fué una señorita panameña, ni fea ni bonita, pero que posee una voz dulce y acariciadora, unos ojos negros y expresivos y un carácter amable y poético, todo lo cual la envuelve en esa aureola de atracción que se llama simpatía.

«Desde largo tiempo há, viene padeciendo una enfermedad que, sin ser grave, no deja de molestarla con frecuencia. Desde cuando en cuando, su cuerpo está un poco febril.

Esto pasa, en opinión mía, porque no puede satisfacer de lleno las otras fiebres que devoran su espíritu. Sin embargo, tales fiebres espirituales son las que van alargando su existencia, contrarrestando y dominando á las dolencias corporales.

Cab: decir que vive una vida en cierto sentido artificial, que concluye por ser en resumen de cuentas la verdadera vida, la vida más útil y á la par más recia, la vida inquieta y alada de las esperanzas, y de los anhelos.

Frente a este fenómeno de prolongada y firme resistencia de un cuerpo débil por naturaleza y además enfermo, que se armoniza con otros casos similares que puede observar anteriormente, quedo persuadido más de lo que ya lo estaba del influjo de lo psicológico sobre lo fisiológico.

Si to los seres humanos, al igual que mi cita la anguita, sintieran fiebres espirituales y las sustentasen, las fiebres del cuerpo desaparecerían, ó por lo menos no llegarían jamás á ser mortíferas. Cuando mutan, es que ya se han apagado las fiebres inmunizadoras del espíritu.

Las calenturas del alma son fuegos que queman, pero que á la vez dan aliento y alargan el vivir. Para purificarse, hay que abrasarse por dentro en proporción grande ó pequeña. Lo que no se mueve se pudre, lo que no se airea se enferma, lo que no se inflama se petrifica. Toda vitalidad, todo acrislamiento, toda fuerza son resultado de una combustión más ó menos acentuada; y las combustiones no son en esencia más que movimiento. Hay que moverse y hay que arrojarse, si no se quiere ser víctima de todas las atroñas. Si hemos de cumplir en la tierra nuestra misión de seres vivos y racionales, necesitamos ir hacia todas las lumbres á través de todos los dinamismos, y á todos los dinamismos atravesando por todas las lumbres.

El deseo, el divino deseo es una fígata que nos tortura, pero que también nos empuja y nos alienta. Los placeres de cualquier índole son lumbres que nos consumen, aunque sin ellas no podríamos vivir. Consumiéndonos en unas formas es como logramos renacer á cada instante en formas nuevas y sucesivas. Quien consiga rebrotar de sí propio, segundo tras segundo, inquietando y calentando su psiquis con numerosas y pertinaces fiebres, será el que disfrute de la verdadera vida, y el que la dilate hasta el sumo límite posible, por más que tenga una contextura corpórea de menguados vigores y plagada de lacerias.

Toda la humana vida, si ha de merecer tal nombre, debe ser y es una fiebre continua; fiebre de amor, fiebre de ansiedad, fiebre de luz, fiebre de belleza, fiebre de libertad, fiebre de justicia, fiebre de verdad, fiebre de emoción, fiebre de arte, fiebre de ciencia; en resumen, fiebre de todos los ideales, de todas las sublimidades, de todos los refinamientos.

Por lo tanto, no dudo en concluir diciendo á todos mis semejantes: Para evitar las enfermedades y perdurar con bríos muchos años, saciad vuestro ser de hogueras cordiales y mentales. Y si llegáis á enfermar, proceded de modo que las calenturas corporales se trasladen al ánimo, y veréis entonces cómo sanáis sin tardanza por arte de maravilla, ó por lo mínimo

contenéis los dolores físicos y los invalides en gran porción, hasta conquistar una sorprendente, lozana y fructífera longevidad.

Yo me sirvo de tan portentosa terapéutica, y puedo asegurar que me va con ella muy bien.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO
Panamá.

Pescador de pescadores

La provechosa semana los pescadores celebran, que el tiempo fué bonancible y se vendió bien la pesca. Reunidos en la plaza, charlan, ríen, beben, juegan, hacen augurios felices y forjan galana cuentas.

Mas aparece el frailuco, que viene á aguarles la fiesta, y todos al verle dicen: «Compañeros, ¡¡¡La Galerna!!!» — «Hermanos, prorrumpe el páter: mi persona representa

á vuestro patrón San Telmo, que es quien vuestras redes llena, y vengo en nombre del santo por vuestra piadosa oferta; ¿seréis ingratos con él,

que su protección os presta? No falta entre aquellas gentes quiea con buen acuerdo piensa que en los momentos de apuro ningún santo por él rema, ni quien diga al compañero: «¿Qué santos ni qué... pamemas?

Si no fuera por mis puños no ganaba una peseta.» Pero por una costumbre que la estupidez conserva, todos, cuál más ó cuál menos, largan al páter unas perras; y éste, alegre y complacido de la abundante colecta, se retira murmurando mientras cuenta la moneda: «San Pedro fué pescador, mas yo le mojo la oreja; porque él sólo pescó peces, y yo pesco á quien los pesca.»

En la barbería

Los presbíteros dinerosos ó adinerados pueden permitirse el lujo de que el barbero les sirva á tres cuillos; pero los simples capellanes de á tres pesetas no pueden hacerlo, y necesitan acudir á la barbería, confundidos con los seglares que esperan turno.

A la peluquería en que me sirven concurren un páter de misa y olla que es de lo más desahogado de la clase.

Por razones económicas se afeita sólo de ocho en ocho días; pero si el raparbarbas comprendiera bien sus intereses, debería afeitarse gratis todos los de la semana.

Los sábados, días en que acude á que le hrmoseen la jeta, el salón se ve lleno de bote en bote. Hay quien sólo va por el

gusto de ver rapar una coronilla sacerdotal.

Don Nicomedes, que así se llama el páter en cuestión, sabe perfectamente que es objeto de la curiosidad de los parroquianos; pero ¡bonito genio tiene el para achicarse por tan poca cosa!

El cuanto entra en el establecimiento cuega muy sossegadamente la teja y el marteo en la percha, y encarándose con el maestro, exclama:

—Vamos á ver, ¿quién me afeita, que tng prisa?

Los dependientes, que saben que da buena propina, se apresuran á servirle, y dirigiéndose al parroquiano que tiene más cara de bonachón, le dicen:

—¡Si pudiera usted hacer el favor de ceder el turno á este señor sacerdote, que tiene que asistir á un enfermo...!

—A un moribundo, hombre —añade gravemente el reverendo.

No se sabe cómo se las arregla el santo varón, pero el caso es que siempre encuentra algún tonto que le ceda la vez. Y una conseguido, se arresalla en el sillón como si estuviese en una silla de oro, se estira la sotana, y, echándose las manos al pecho, saca la petaca y alarga una feroz tagarrina al dependiente.

—Toma —le dice—. Es un regalo que me ha hecho el presidente de la cofradía de las Asimias.

El obsequiado mira con escama el regalito, y lo deja sobre el blanco mármol sin atreverse á encenderlo; mas por cortesía le da las gracias y se disculpa diciendo:

—Para luego. Está un cansado de fumar todo el día.

Nunca se le olvida al buen sotana advertir que tiene un chirlo en la mójilla izquierda.

—Tenga usted cuidado —dice —cuando llegue por aquí. Tengo una cortadura. Me la hizo mi ama el año pasado.

—¡Hola! ¿Esa moza de armas tomar.

—Nada de eso. ¡Sies una malva la pobrel! Lo que ocurrió fué que el obispo me suspendió por tres meses, y ¡claro! tuve que hacer economías, y resolví que me afeitase ¡t muchachi. Ella es muy servicial, eso sí; pero como nunca ha manejado una navaja, se le fué la mano, y en poco estuvo que no me llevase el carrillo por delante.

—Todo requiere práctica —replica gravemente el oficial—. Yo, por ejemplo, si me pusiera á decir misa, no saldría del *Dominus vobiscum*. En cambio, usted no acertaría á cortar á uno el pelo á la sevillana.

—¡Yo que habia del... Pero ¡lemoniol! ¿Eso es navaja, ó sierra? ¡Camara! ¡Vaya unas herramientas que gastan ustedes! ¿O es que las tienen especiales para mortificar á los presbíteros? Vaya, gracias á Dios que ha concluido usted de descionarme. ¿Que cómo quiero el agua? Fría, hombre, fría; como la que usamos para bautizar á los chicos pobres. Está bien. Ahora deme un par de pisaditas á la tonsura, que el párroco quiere que le llevemos siempre tersa y reluciente. Como él es completamente calvo, desea que nos parezcamos todos.

Siempre tiene el mismo buen humor nuestro flamante presbítero; salvo una vez en que le vi jurar más que un carretero y renegar hasta de su sombra. Un guasón había tenido la humorada de llevarse su manto, y aunque después se lo envió á su casa, no se evitó que el páter vomitase por aquella boca la mar de atrocidades. Decía, y con razón, cuando le advertíamos lo inconveniente de su lenguaje

—¿Qué quieren ustedes? ¿Que habiéndome quitado un manto que casi me ha costado la paga de un mes, me porga á rezar letanías?

F. G.

El mundo va en camino de comprender que las cuestiones económicas son más importantes que las cuestiones religiosas. Lo que tenemos en cuenta ante todo, no es que Dios necesite adoración, sino que es el hombre quien necesita pan. La religión lo toma todo y no da en cambio nada que pueda ser convertido en pan. Exista ó no exista Dios, el hombre tiene que vivir.

MI DIOS

¿Qué cosa tan hermosa debe ser el tener un Dios! Lo confieso; más de una vez he lamentado no creer en religión alguna. He llegado hasta á sentir envidia cuando he visto las ventajas que reportaba el profesar, por ejemplo, la católica, porque mucho más feliz es un creyente que un ateo.

Vedle: sale del templo, donde acaba de confesarse. Por enormes que sean sus culpas, ya no tiene para qué preocuparse de ellas. Acaba de borrarlas nada menos que el que todo lo puede, Dios, otorgándole el perdón por boca de uno de sus ministros. La conciencia no le puede molestar en adelante: Dios se lo impide.

Cuando se encuentra en un trance muy difícil, invoca su auxilio; y si la dificultad no se resuelve, el hombre de fe no desespéra, se confirma con la voluntad divina, que lo puede hacer nada encaminado al mal, ya que es la bondad suprema.

No ha de molestarse en buscar la Verdad, pues la posee casi completamente: es Dios que no tardará en revelárselo.

Si; muchas son las ventajas que tiene el creer en Dios.

Yo mismo, cuando el recuerdo de una mala acción me atormentaba, cuando alguna dificultad me impedía realizar mis deseos, ó cuando la misteriosa equis ponía término á mis razonamientos, he llegado á juntar las manos y prepararme á invocar el divino auxilio para que me iluminara.

Pero una dificultad me ha impedido llevar á cabo mis propósitos. ¿A qué Dios voy á dirigirme? ¿Cuál será la religión verdadera?—me he preguntado perplejo—. Dios ha de ser muy grande; infinitamente superior al más sabio y poderoso de los hombres. Sus órdenes han de cumplirse necesariamente. Nadie podrá contradecirlos sin contradecirse á sí mismo.

He visto defilar por mi imaginación multitud de extrañas figuras, ofreciéndome sus dioses. Desde las antiquísimas religiones orientales hasta la relativamente moderna doctrina predicada por Jesucristo, una infinidad de religiones, politeístas, fetichistas, monoteístas. De todas clases las había, pero ninguna lograba imponerse, ninguna eclipsaba á las demás. Cada una era la verdadera, según sus propagadores, quienes, no sólo declaraban falsas á las otras, sino que hasta llegaban á encarnecerlas, coal egoístas mercaderes que tratan de vender la mayor cantidad posible de sus respectivos productos.

Dios no estaba allí, y bien á pesar mío heube de renunciar á pedirle ayuda; y cuando ya no veía el medio de vencer mis di-

ficultades, sentí que una voz interior me hacía la siguiente reflexión:

«Si no encuentras á Dios, recurre á mí. No soy como El omnipotente; no llego á tanto. Pero es tal mi autoridad, que todos los hombres me obedecen sin contradecirme, reconociendo que soy su único guía. Nadie ha burlado mis órdenes sin sufrir el correspondiente castigo.»

No vacilé. Indudablemente éste debía ser mi Dios.

Quién así mi hablaba, era la Razón.

B. LOSTAU

El Evangelio

..El experimento está hecho ya; la salvación humana por la caridad es imposible. Su realización no cabe sino por medio de la justicia.

Tal es el clamor poco á poco soberano que se eleva de todos los pueblos. Hace cerca de dos mil años que el Evangelio aborta. Jesús no ha rescatado nada; el sufrimiento de la humanidad ha seguido siendo tan grande, tan injusto como antes. Y el Evangelio no es ya otra cosa que un código abolido de que las sociedades ya más poderosas sacan más que errores y prejuicios... Es necesario emanciparse.

¿Qué error tan extraño es creer como el legislador social? Jesús, que vivió en medio de otra sociedad, en otra tierra, en otros tiempos! Y si el propósito era no conservar de su moral, de su enseñanza sino lo que éstas pudieran tener de humano y de eterno, ¿qué peligro todavía el que encerraba la aplicación de preceptos inmutables á las sociedades de todos los tiempos! Ninguna sociedad podría vivir bajo la aplicación estricta del Evangelio.

Jesús es el destructor de todo orden, de todo trabajo, de toda vida; negó la mujer y la tierra, la eterna naturaleza, la eterna fecundidad de las cosas y de los seres, y después vino el catolicismo á construir sobre él su espantoso edificio de terror y de opresión.

El pecado original es la herencia terrible que renace en cada criatura y se niega á admitir, como admite la ciencia, los correctivos de la educación, de las circunstancias y del medio. No existe concepción más pesimista del hombre que la que lo hace presa del demonio desde su nacimiento, y le obliga á una lucha contra sí mismo que dura hasta la muerte. Lucha imposible, absurda, puesto que en ella se trata de cambiar totalmente al hombre, de matar á la carne y á la razón, de destruir en cada pasión una energía culpable, de perseguir al diablo hasta en el fondo de las aguas, de las selvas, hasta las cimas de los montes, para ancondarlo allí con la savia del mundo.

De modo que la tierra no es más que un pecado, un infierno de tentaciones y de sufrimiento que uno atraviesa para merecer el cielo. ¡Admirable instrumento de policía, de despotismo absoluto; religión de muerte que sólo la idea de caridad ha podido hacer tolerable, pero que la necesidad de justicia arrastrará forzosamente!

El pobre, el miserable engañado que no cree ya en el paraíso, quiere que los méritos de cada cual sean recompensados en la tierra: la eterna vida torna á ser la vida buena; el ceso y el trabajo son la ley misma del mundo; la mujer fecunda vuelve al puesto del honor, y la imbécil pasajera del infierno cede el puesto á la glo-

riosa naturaleza que no cesa de crecer. El viejo sueño senita del Evangelio desaparece barrido por la clara razón apoyada en la ciencia moderna.

Hace mil novecientos años que el cristianismo estaba la marcha de la humanidad hacia la verdad y la justicia, y la humanidad no continuó su evolución hasta el día en que lo haya abolido, colocándolo al Evangelio en la categoría de los libros de los sabios, sin considerarlo ya como el código absoluto y definitivo.

E. ZOLA

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Los amigos de San Sebastián, 100 pesetas. Franco, Zaragoza, 25; Fernández, Langre, 4; Cirulo Republicano, A. Cázcar de San Juan, 13; Teresa Carmona, Montellano, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

La Carolina.—M. Mute. Atonada su suscripción á fin Julio 1923.

Montellano.—Tomás Carmona. Id. á fin Junio 1923.

Maso.—Roque Miralles. Id. á fin Junio 1923.

La Solana.—E. García. Id. á fin Agosto 1922.

Zaragoza.—V. Sarria. Recibido su Gillo de 50 pesetas.

Utrera.—Enriqueta González. Id. de 2.40 (c. f. r. m.).

Ceuta.—José Cortés. Id. de 5.40. Confirme.

Viloesell.—José Llurba. Id. de 37. Confirme.

Utiel.—Federico García. Id. de 18. Confirme.

Castellón.—Jean B. Juan. Id. de 51. Confirme.

Guissona.—Colón Farré. Id. de 25 á rue a.

Piedrahita.—Jesús Pacheco. Id. de 21.50. Confirme.

Jubia.—Prádo C. C. Id. de 12. Confirme.

Villanueva y Geltrú.—R. Rosell. Id. de 50 á su cuenta.

Villafranca de los Barros.—José Alfarro. Id. de 7.80. Confirme.

Valencia de Alcántara.—P. Carballo. Id. de 5. Gracias.

Ginzo de Limia.—José Taboada. Id. de 12 á su cuenta.

Huelva.—A. Corrales. Id. de 24. Confirme.

Herrera.—F. Suárez. Id. de 5.50. Confirme.

Segovia.—Germán Elías. Id. de 27. Confirme.

Avilés.—Ramón Varela. Id. de 15. Confirme.

Castellserá.—Fidel Fusté. Id. de 18. Confirme.

ABRAHAM POLANCO

El último día de la Ciudad

Libro intenso y demoledor

TRES PESETAS

De venta en todas las librerías de España y en EL MOTIN.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Volcicilla, 2.—Madrid.